



Eduardo Anguita Como Cronista

Por Ignacio Valente

EXISTIO entre nosotros una excelente tradición de croniqueros de la cultura. Solía tratarse de escritores-periodistas, a saber, de escritores no estruendados por el periodismo, sino potenciados por él, que eran a la vez periodistas no disfrazados de cultura, sino impulsados por ella. Eduardo Anguita, con sus crónicas escritas para "El Mercurio" entre 1976 y 1983, y hoy agrupadas bajo el título emblemático de *La belleza de pensar* (Editorial Universitaria), se inscribe en esta notable tradición de las letras chilenas.

Nótese que no hablo de eruditos o especialistas que de paso escriben artículos de diario —los hay muchos—, ni tampoco de cronistas con un baño de cultura literaria y hasta filosófica para impresionar al lector fácil —que también los hay—, sino de quienes han sido capaces de pensar y hacer pensar desde las columnas de un diario. Eduardo Anguita, poeta y cronista, es su legítimo heredero y tanto más valiosa es su recopilación por resucitar la síntesis viva de ambos géneros, su simbiosis genuina, que no defraudará al lector inteligente.

Recopilaciones de este tipo suelen pretender el rescate de un cierto núcleo de pensamiento no perecible, retenido por la caducidad del tiempo que pasa, de la semana efímera de la colum-

na periodística. El derecho de Eduardo Anguita a emprender tal rescate tiene como aval su propio resultado a la vista: el libro funciona como un todo, chisporrotea, irradian intuiciones felices a diestra y siniestra, se balancea con facilidad de acróbata entre la actualidad del día y su supervisión filosófica.

No empleo este último adjetivo en vano: lo que más me sorprende de esta lectura de conjunto —en relación a mi recuerdo como lector semanal— es su densidad filosófica, unida a la facilidad para divulgar planteamientos difíciles en una prosa llana y desconfiada. A su lenguaje cabe objetar tan sólo las imperfecciones debidas al apuro periodístico, a la urgencia de entregar hoy —dentro de un rato— un producto que requeriría más elaboración. Los escritores que hayan conocido el espectro de este asedio me entenderán bien.

Un valor adicional posee este libro: la relación de mutuo esclarecimiento que guardan entre sí la poesía de Eduardo Anguita —sin duda una "poesía del pensamiento"— y estos artículos suyos. Así, por ejemplo, ya en el primero (*Qué se ama cuando se ama*) tropezamos nada menos que con el asunto central de ese gran poema del autor que es *Venus en el Putridero*, y algo semejante ocurre en el segundo artículo, sobre la belleza a propósito de

la sonrisa de la Gioconda, o en aquel otro, *Participación en lo bello*, sobre la proporción áurea, imposible de "poseer" como la belleza misma, y la proporción 30-60-90 de las reinas de belleza, que tampoco puede ser poseída, en cuanto es una entelequia matemática: paradoja frecuente en la poesía erótica de nuestro autor.

Señalo algunos temas más frecuentes, casi obsesivos en estos artículos: la pérdida de la identidad personal en la embriaguez del amor —«scr dos en uno»— y su indispensable recuperación (un paradjico ir y venir de Anguita entre San Juan de la Cruz y D. H. Lawrence); el clima cultural de los años treinta y cuarenta en Chile —la llamada "generación de 1938"—, la influencia de Huidobro, el movimiento David, etc.; y el acento contrastante de las principales voces de la poesía chilena, sobre todo Neruda y... otra vez Huidobro. Más Huidobro que Neruda.

Un rasgo de fondo es la frecuentación de los grandes nombres de la literatura universal en estos artículos. El primero, por ejemplo, menciona a Platón, San Agustín, D. H. Lawrence, Santón Tomás, el propio Anguita —¿por qué no?— y Max Scheler. El cuarto menciona o cita a Simone Weil, Erich Heide, Diego Portales, Keyserling.



Eduardo Anguita

ruda, Huidobro y la Mistral. Ya se sabe que en este momento cualquier semiletrado semianalfabeto puede hacer gárgaras con nombres como Kierkegaard, Nietzsche, Ortega o Bergson, sin estando a unos-lux de comprender su pensamiento. Debo decir que Anguita no incurre jamás en esta pedantería. Lo suyo es cosa muy diversa: una larga familiaridad con los grandes autores, una larga evolución del propio pensamiento al hilo del ajeno y, por tanto, una atención que sólo se produce cuando es indispensable y fecunda.

La mejor prueba del carácter espontáneo e informal de estas citas estriba en sus errores de memoria, de los cuales indicaré sólo uno: el verso de San Juan de la Cruz "amada en el Amado transformada", que Anguita reproduce como "amada en el Amado confundida", tal vez en abono de la tesis sobre la pérdida de identidad en el éxtasis amoroso. Pora, ¡Dios libro a San Juan de la Cruz de decir "confundida"!

La "belleza de pensar" sólo es tal cuando existe inteligencia. Y es el caso de Eduardo Anguita: inteligente a secas. Sólo puede reprochársele que la longitud del artículo —su brevedad, por decir mejor— en vez de ser la medida de su pensamiento, le queda corta, como si seis u ocho líneas antes de terminar el autor se viera abruptamente forzado a improvisar un final cuando le quedaba aún mucho por decir. El pensamiento de largo alcance de Eduardo Anguita está como encofrado en cada artículo. De ahí que los finales sean bruscos.

Este libro, en suma, discurre como una conversación inteligente sobre asuntos de letras, artes, el amor y la filosofía. Su valor de fondo es cierto temple aristocrático, por cierto que ajeno a la sangre y ligado a las genealogías del espíritu: una nobleza intelectual del autor frente a las innumerables formas espiritualmente plebeyas de la vida contemporánea.

Eduardo Anguita como cronista [artículo] Ignacio Valente.

Libros y documentos

AUTORÍA

Valente, Ignacio, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Eduardo Anguita como cronista [artículo] Ignacio Valente. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile